

Fatima Regina Nogueira

Confluencia de perspectivas psicoanalíticas y sociales de las sexualidades
en “El búho que dejó de latir” de Enrique Jaramillo Levi

The University of Memphis, EE.UU.

nogueira@memphis.edu

La propuesta de este estudio consiste en analizar la vinculación e intercomunicación establecida entre algunos elementos –la risa, el automatismo, el sexo y la muerte– en el cuento “El búho que dejó de latir” (*Duplicaciones*, 1990) del escritor panameño Enrique Jaramillo Levi, concentrándome en la representación de las sexualidades en sus vertientes psicológicas y sociales. Mi trabajo busca demostrar que los impulsos de los estados preconcientes e inconscientes que pueblan el referido relato, según la lectura que planteo, cargan el texto de una compleja red simbólica que, por un lado, abre un espacio para la emersión de lo erótico y, por otro, permite un cuestionamiento de las fuerzas reguladoras de las formaciones sociales actuales en lo concerniente a la sexualidad. De esta manera, el enlace e intercambio de los elementos referidos sugiere que –en última instancia– la producción del deseo y de las fantasías individuales no se separa de la elaboración de la realidad social. Aunque examino detenidamente “El búho que dejó de latir”, al estudiar la vinculación entre el sexo y la muerte también me refiero a otros cuentos del autor, a saber “El ofertorio” y “Mientras dormía” de la misma colección así como “El temblor” de *Romper el molde: 29 cuentos eróticos* (2005) que, de igual manera, tratan del referido enlace.

El relato “El búho que dejó de latir”, según palabras del autor, aborda el “tema general de la duplicidad de ciertas situaciones humanas ligadas al erotismo y a la muerte” (*Duplicaciones* 9).

En el cuento, un individuo, posible víctima de un crimen pasional, se somete a una cirugía para extraerle una bala localizada en la parte posterior del ojo. La narración mezcla las alucinaciones – que asolan al protagonista mientras se realiza la intervención quirúrgica– y las percepciones que le llegan desde el mundo exterior así como los recuerdos de diversas épocas de su vida, interrumpiéndose al ser declarada su muerte clínica. En este instante, una segunda voz, la cual funciona como una cámara cinematográfica, produce un corte de escena para concluir el cuento con una imagen congelada en un montaje que rehace la escena del crimen: una mujer dispara a la cabeza de un hombre sorprendido en el acto sexual con otra mujer y los mira mientras el cuerpo del hombre repite los movimientos de la copulación aún después de haber sido alcanzado por el proyectil. El motivo del crimen trata supuestamente de la revelación del adulterio del protagonista, sorprendido por su probable esposa mientras mantenía una relación sexual con una amante. Tal motivo se insinúa en un diálogo que hace parte de los recuerdos del moribundo durante el proceso alucinatorio que antecede a su muerte:

“Eso dicen por ahí, todo el mundo comenta, que sé yo...”

“Puro chisme, mujer, ¿no conoces a la gente?”

“Mira, Jaime, es mejor que me digas la verdad ... Porque si yo llego a enterarme de que es cierto que tú ...”

“Tú no serías capaz de hacerle daño a una hormiga, no me hagas reír ...” (216).

Como ya señalé, el cuento se desenvuelve entrelazando tres niveles que aparecen de manera simultánea: primero, se constata en el texto un proceso alucinatorio relacionado con los mecanismos inconscientes el cual se desarrolla en una sucesión de imágenes fragmentadas. En el transcurso de la narración se le agregan a tal proceso los siguientes episodios: el desmembramiento de los órganos, el entierro de los anteojos y el paseo por los “jardines humanológicos”. Se libera así una red simbólica que evalúa críticamente las formaciones sociales en lo que concierne principalmente a los aspectos de control de la sexualidad por fuerzas represoras encontradas en las formaciones sociales. Segundo, se narra un estado preconsciente

del moribundo en que se mezclan recuerdos de diversas fases de su vida. En este punto el protagonista rememora una cirugía del brazo a la que se sometió en la infancia y un acoso homosexual que tuvo lugar en su adolescencia, dibujando así un espejismo entre la situación presente y pasada en lo que atañe a efectos traumáticos en la vida del individuo. Retornaré más detalladamente a estos episodios y sus ramificaciones interpretativas en la exposición de mi análisis.

Finalmente, el texto describe la recepción de estímulos exteriores que propician un contacto del protagonista con la realidad –en este caso, la cirugía del cráneo fracturado– y provee a la vez el material para que la alucinación evolucione ya que la misma se construye desde estímulos provocados por el mundo exterior. De esta forma, la percepción de la realidad a partir de una fusión de lo visible y lo auditivo unida a los recuerdos del personaje, permite un proceso de representación alucinatorio en el cual se configura la muerte por medio de símbolos en transformación constante (ojos macabros, moscas, cenizas, gusanos y el entierro de los anteojos así como el descuartizamiento de los órganos). Un ejemplo de evolución y comunicación entre los diferentes niveles que componen el texto ya se encuentra en marcha cuando se dibuja primeramente la percepción de la realidad en el inicio del relato: “Bajo poderosas lámparas aéreas se oía sólo el ruido leve de los instrumentos quirúrgicos.” (213). Tal percepción abastece e inicia el delirio del moribundo, que sugiere un impulso hacia la fragmentación y disolución del sujeto en la materia orgánica:

Múltiples voces y distorsionadas luces gritan y brillan [...] siempre girando [...] en círculos de voces que se tornan colores ... Ejércitos de manchas vibran, gritan, brillan en pozos de sensitiva materia gris. Docenas de ojos macabros aparecen saliendo de sus órbitas como moscas [...] Los ojos se disuelven y las cenizas van cayendo en el vacío. Legiones de gusanos nacen de las cenizas [...] (213).

Como se puede observar, esta especie de retorno hacia la materia se aleja del ideal romántico de recomposición de la unidad perdida entre el ser humano y la naturaleza para

definirse más bien por la presencia de intensidades –luces, sonidos, metamorfosis– que flotan libre, despersonalizada e indiscriminadamente en el texto.

Se percibe en la situación general del relato –una cirugía para preservar la vida de un paciente– un conflicto entre la conservación de la vida y el impulso hacia la desfiguración, que parece sugerir la presencia en la armazón misma del cuento de algunos conceptos psicoanalíticos derivados de una interpretación interiorizada de ciertos elementos culturales. Volveré más detalladamente a estas concepciones cuando estudie específicamente el vínculo entre el sexo y la muerte. Por ahora, basta señalar que la unión entre Eros y Tánatos, forma parte de estas nociones psicoanalíticas, que el escritor reelabora. La referida unión se revela plenamente al final del relato, aludiendo a una necrofilia insólita, configurada por la presencia de una “mujer sin cabeza” con la cual el personaje central, prácticamente muerto, sigue copulando:

En un charco rojo que se extiende,

el cuerpo del hombre se sacude en espasmos hundido aún en el cuerpo de la mujer sin cabeza ... espasmos lentos ... morosos ... dolorosos... (222).

La condensación sugerida por la imagen final del relato enfatiza el automatismo de cuerpos en movimiento. Es decir que el sujeto se diluye en una representación de agenciamientos maquinales, elaborados por medio de la repetición, fusionando la muerte y la copulación por medio de espasmos que se repiten con el objetivo de enfatizar el acto mecánico de la penetración.

En este punto, quisiera detenerme más detalladamente en la escena del crimen:

Un hombre con cabeza de búho yace desnudo sobre el cuerpo también desnudo de una mujer sin cabeza. Otra mujer con cara de hiena está parada cerca de la cama mirando la escena, [...] Cara de hiena ríe incontinentemente [...] le dispara a la cabeza de búho... [...] (222).

Si aislamos algunos elementos de estos fragmentos textuales –la copulación con su movimiento automático, la risa y la muerte– será posible elucidar que el autor explora la vinculación entre el automatismo, la risa, la sexualidad y la muerte, expandiéndola de manera que

todos estos elementos se intercomunicuen. Los dispositivos mediadores de esta relación se constituyen en una especie de humor macabro que actúa en conjunción con la perspectiva psicoanalítica de la compulsión de repetición.¹

La conexión más visible entre estos elementos establece una relación en que la risa antecede a la muerte, reforzada de cierta forma por elementos culturalmente esquematizados ya que es la mujer con “cara de hiena” quien ríe y mata. Dicha ligación se intensifica en la alucinación del personaje central en la medida que su vida se va extinguiendo: “Risas convirtiéndose en carcajadas, haciéndose muecas que se tornan en sonrisas y luego en carcajadas de muecas de sonrisa que tiemblan incontenibles.” (219). Sin embargo, existe un vínculo subyacente entre la risa y el mecanismo de repetición sugerido en el final del cuento, reitero, por el movimiento de penetración sexual. Tal conexión se intensifica en la medida que es un moribundo quien realiza este movimiento, reforzando la connotación de automatismo sugerida por la escena.

Bergson, en su ensayo *Laughter*, propone que la risa se relaciona con cierta similitud entre el ser humano y la máquina:

The attitudes, gestures, and movements of the human body are laughable in exact proportion as that body remind us of a mere machine [...] for inside the person we must distinctly perceive, as through a glass, a set up mechanism. But the suggestion must also be a subtle one, for the general appearance of the person [...] must continue to give us the impression of a living being. (22).²

Evidentemente, el efecto mecánico en sí no explica la aparición de la risa en el relato de Jaramillo Levi, ya que lo que ahí se presenta es una especie de humor negro en que la risa anuncia la muerte. Es decir que no se trata de una simple pantomima enfocada simplemente en el automatismo de movimientos corporales. Por tanto, el entendimiento de la presencia de la risa en

¹ Según Freud la compulsión de repetición se sitúa más allá del principio del placer y actúa independientemente del mismo, apareciendo “como más original, más elemental, más pulsional que el principio del placer que ella destrona” (23).

² “Las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano son risibles en la medida exacta que este cuerpo nos recuerda la mera máquina [...] dentro de la persona debemos distinguir, como a través de un vidrio, un mecanismo en acción. Sin embargo esta sugerencia debe ser sutil, ya que la apariencia general de la persona [...] debe continuar dándonos la impresión de un ser vivo.”

este episodio está directamente vinculado al papel social que ella desempeña. Bergson, en la conclusión del mismo ensayo, le concede un carácter correctivo al afirmar que:

Being intended to humiliate, it must make a painful impression on the person against whom it is directed. By laughter, society avenges itself for the liberties taken with it [...] Its function is to intimidate by humiliating. (97).³

Este carácter intimidador de la risa es lo que se encuentra en operación en la escena final de “El búho que dejó de latir”. Sin embargo esta característica intimidante no se desvincula del automatismo propuesto anteriormente, pues aquí el individuo sorprendido en adulterio se transforma, por medio de un proceso imaginativo, en una marioneta cuyas cuerdas son accionadas por la persona que ríe. Esta perspectiva se fortalece frente al hecho de que esta misma función humillante de la risa reaparece en uno de los recuerdos del protagonista, relacionado igualmente al sexo, tratándose en el caso, de un acoso de naturaleza homosexual que sufre el personaje en la adolescencia:

“Primero me quitaré los pantalones y me echaré sobre aquel camastro boca abajo, tu te acercarás despacio y ...”

“No ... no ... no ... Ustedes son todos unos ...”

“No todos buhito ... no todos, pero nos respetamos ...” [...]

Llueve carcajadas pétreas que cortan como rocas rebotando por todas partes. (220).

La alternancia entre recuerdos y risas, intensificada en las páginas finales del relato (219-222), contribuye también a fundamentar el hecho de que la presencia de la risa en el cuento adquiera un carácter disciplinario, en cuanto fenómeno inherentemente social.

³ “Siendo la intención [de la risa] humillar, debe causar una dolorosa impresión en la persona contra quien se la dirige. Por la risa la sociedad se venga de las libertades que se ganan con ella. Su función es intimidar a través de la humillación.”

De esta forma se observa que la conexión entre la risa y la sexualidad configurada en la última escena del cuento –y expandida a otros de sus fragmentos– revela un carácter social punitivo que no se disocia completamente de los movimientos mecánicos. La risa de la asesina al mirar la copulación de la pareja, parece reducir el acto sexual al puro automatismo, a la vez que anuncia la muerte como máxima punición al adulterio, denunciando la represión que la sociedad ha ejercido sobre el sexo y llegando, incluso, a asociar esta intervención con la violencia.⁴ La crítica evidente a las instituciones que pretenden elaborar una economía de la sexualidad a través del matrimonio se confirma en el relato por una alucinación del moribundo –que como en el caso de ejemplos anteriores se enmarca por la risa– en la cual se describe el siguiente diálogo entre los órganos sexuales:

“A ella no le importa en realidad, después que le dé lo que quiere, cuando lo quiere”, comenta un pene rosado de aspecto cansado [...]

“Pero llegará el momento en que estarás demasiado agotado para contentarla”, exclama simultáneamente un par de senos [...]

“No te preocupes tanto. Es inofensiva”, musita el encogido pene.

“Si yo te puedo compartir, también debería hacerlo ella, abiertamente, y dejarse de formalidades y legalismos tontos”, balbucea la vagina irritada [...]

“Pues sí”, dice el pene, y se duerme. (220).

La incorporación de este episodio –que recuerda la técnica de las tiras cómicas– al texto, desenmascara todo lo ridículo de la situación, emplazando la risa como factor de crítica social y demostrando, al mismo tiempo, la paradoja que aún perdura actualmente en lo que concierne a la sexualidad: el deseo de libertad sexual fomentado, de cierta forma, por un dispositivo de saturación del sexo y una necesidad de valorizar al mismo como un secreto que es necesario

⁴ Foucault, a lo largo de su obra, desenmascara una cultura que utiliza en su discurso elementos de exclusión para conjurar sus poderes. Uno de ellos es la prohibición, donde principalmente son objetivadas las áreas de la sexualidad y de la política. Otro elemento es el rechazo que se encuentra en la oposición entre la razón y la locura. Estas consideraciones sobre el discurso y sus relaciones con el saber y el poder se pueden ver en *El orden del discurso* (14-19).

revelar precisamente para organizar, distribuir y dominar la sexualidad. En el primer tomo de *The History of Sexuality* (36-49), Foucault estudia la manera por la cual la ciencia médica – incluyendo el psicoanálisis– y los modelos educativos unidos a otros sistemas sociales, construyeron estos dispositivos de saturación del sexo para mantener el control sobre la sexualidad, organizando, así, una red de distribución de los placeres y de los poderes. En el caso de “El búho que dejó de latir” se percibe en la configuración del crimen pasional que tiene lugar al final del cuento una crítica a las instituciones sociales que organizan privilegiadamente la sexualidad y la distribución de los placeres alrededor de la pareja monogámica.

Se le adjunta a esta perspectiva crítica una topología evolucionista –o más bien involucionista– irónicamente propuesta que tiene lugar en el episodio de los “Jardines humanológicos” (217-219). Me interesa retener de este segmento la primera escena de alto contenido sexual del relato en la cual el hombre-búho –que interpreto como representación del personaje central– huye de la explosión de espermas del hombre-mono (eslabón perdido de la cadena evolutiva):

El antropoide se sienta despreocupadamente en el suelo sin ver al oscuro búho que acaba de posarse silencioso sobre la jaula y que ahora lo contempla mientras se masturba alegremente hasta que una explosión ascendente de esperma pone en fuga al ave y el hombre-mono se echa sonriente a descansar. (219).

La fuga de la explosión de esperma alude en cierta medida a un rechazo a cualquier manifestación explícita del sexo y a una distribución de los placeres que elabora algunos mecanismos de control de la sexualidad entre los cuales se encuentran la condenación al adulterio y a la masturbación. Valer decir que, en cuanto denuncia de una distribución de placer sometida a las normas sociales, la aversión a la masturbación se adjunta a la misma hipocresía que confina el sexo a la práctica monogámica y heterosexual.

Retornando a los elementos que funcionan, según mi percepción, como vasos comunicantes en “El búho que dejó de latir” –el sexo, el automatismo, la risa y la muerte– propongo expandir la relación entre el sexo y la muerte que parece a primera vista configurarse, en este relato, por una

insólita necrofilia. Sin embargo, la escena final tiene la propiedad de conjugar todas las imágenes en una única. Vale decir que, en el exacto momento de la muerte, persiste la imagen de la escena sexual, como se puede verificar en la descripción que precede el último cuadro, expandiéndose, así, a todo el relato la vinculación entre el sexo y la muerte:

La secuencia de imágenes se ha paralizado. Clínicamente el paciente ha dejado de existir. Sin embargo, como en una película que se detiene dejando una imagen congelada en la pantalla vagamente iluminada, una visión borrosa permanece suspendida en la mente [...] la imagen única, petrificada, que ha modelado la tortura de un recuerdo. (221).

Una de las consecuencias de la vinculación entre el sexo y la muerte tiene que ver con una construcción cultural, fomentada por una serie de aparatos sociales –entre los cuales se encuentran la ciencia médica y, más particularmente, los campos de la psiquiatría y el psicoanálisis– que llevan nuestra sociedad a valorar extremadamente el sexo, constituyéndolo como un punto imaginario que posee los elementos secretos que podrían revelar la verdadera identidad del individuo, ocultando, a la vez, un mundo de placeres desconocidos. Esta excesiva valoración del sexo permite que el mismo ejerza sobre nosotros todo su poder de seducción transformándose, así, en algo más importante que la propia vida, como explica Foucault:

We have arrived at a point where we expect our intelligibility to come from what was for many centuries thought of as madness; the plenitude of our body from what was long considered its stigma and linked to a wound; our identity from what was perceived as an obscure and nameless urge. [...] the Faustian pact, [...] is now as follows: to exchange life in its entirety for sex itself, for the truth and the sovereignty of sex. Sex is worth dying for. It is in this (strictly historical) sense that sex is indeed imbued with the death instinct. (*The History* 156).⁵

⁵ “Llegamos a un punto en el cual esperamos alcanzar nuestra inteligibilidad por medio de algo que se percibió por muchos siglos como locura; la plenitud de nuestro cuerpo por medio de algo que por mucho tiempo se consideró un estigma y se relacionó a una herida; nuestra identidad por medio de algo que se percibió como una necesidad oscura e innombrable. [...] El pacto fáustico, [...] se dibuja actualmente de la siguiente manera: cambiar la vida en su integridad por el sexo por sí, por la verdad y la soberanía del sexo. Vale la pena morir por el sexo. Es en este sentido (estrictamente histórico) en el cual de hecho el sexo está imbuido del instinto de la muerte.”

Aunque “El búho que dejó de latir” trate privilegiadamente de la conjunción entre el sexo y la muerte, y aluda indirectamente a la atracción que el sexo ejerce en el ser humano, el relato que aborda más abiertamente la presencia del instinto de la muerte en el sexo y su poder seductor es “Mientras dormía”. El cuento narra la muerte de un individuo en un incendio debido a su estado intermedio entre el ensueño y la vigilia en el cual la imagen predominante consiste en evocaciones eróticas. El vínculo entre el sexo y la muerte se formula en este caso en el recuerdo del protagonista de una frase de una de sus amantes:

Hay gente que tiene una erección ante la idea de la muerte, pensó. Años atrás había tenido una amante que se excitaba identificando el momento final de su vida con el más intenso clímax sexual que podría sentirse. (92).

Examinando un poco más la infiltración del instinto de la muerte en el sexo, quisiera volver a la apropiación cultural de algunos conceptos psicoanalíticos configurada en la situación general de la historia narrada en “El búho que dejó de latir”. Me refiero al conflicto entre las pulsiones de vida y de muerte que Freud desarrolló en *Más allá del principio del placer*.⁶ Lo que nos interesa particularmente en esta elaboración teórica freudiana es la proposición, que sobrepasa la simple confrontación de fuerzas que caminan en direcciones opuestas, –pulsión de vida y pulsiones conservadoras yoicas, identificadas por Freud con la pulsión de muerte (52)– revelando que “la oposición originaria entre las pulsiones yoicas y pulsiones sexuales se volvía insuficiente. Una parte de las pulsiones yoicas fue reconocida como libidinosa.” (51). De esta manera, Freud sitúa la compulsión de repetición en conjunción con la pulsión de muerte, ya que la muerte es la meta

⁶ Freud concibe dos pulsiones cuyas operaciones buscan realizar dos objetivos opuestos. Por un lado, se encuentra a Eros o las pulsiones de vida buscando cohesionar todo lo viviente, por otro, actúan las pulsiones conservadoras o de la muerte, deseando el retorno hacia lo inanimado. En este regreso, Freud puntualizó la meta de la vida, identificada plenamente con la muerte, esclareciendo que: “hay un ritmo titubeante en la vida de los organismos; uno de los grupos pulsionales se lanza, impetuoso, hacia delante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar la duración del trayecto” (40).

final de la vida y el retorno a lo inanimado se organiza por medio de la repetición.⁷ Al mismo tiempo, al reconocer que algunas pulsiones conservadoras poseen naturaleza libidinosa el psiquiatra austriaco fundamenta una vinculación de naturaleza psíquica entre el sexo y la muerte. Esta incursión en la teoría del deseo elaborada por Freud no pretende sugerir una vinculación de la cuentística de Jaramillo Levi a corrientes psicoanalíticas freudianas, sino que más bien trata de proponer que las fantasías sexuales, que el escritor panameño elabora en “El búho que dejó de latir” así como en otros relatos, se correlacionan con aspectos interiorizados de la cultura, lo que terminaría por conferir un carácter colectivo a las fantasías y una ligación del deseo a un contexto social.

Existe una característica en la conexión que Jaramillo Levi elabora entre el sexo y la muerte que –apareciendo subrepticamente en “El búho que dejó de latir” – se exterioriza claramente en otros cuentos del autor. Se trata de una conexión de algún tipo de desastre natural al enlace entre el sexo y la muerte. En estos cuentos se dibuja claramente un regreso a la naturaleza, la cual aparece representada por un estado caótico. Jaramillo Levi acopla, así, de manera directa la relación sexual a este estado de regreso a una especie de nirvana. Me refiero específicamente a los cuentos “El temblor” de *Romper el molde* y “El ofertorio” de *Duplicaciones*. En “El temblor”, los espasmos provocados por el orgasmo coinciden con los de la tierra en tanto que en “El ofertorio” se realiza ritualmente una ofrenda de cuerpos en copulación mientras se espera un desastre inminente. Nos encontramos aquí, una vez más, frente a algunos conceptos psicoanalíticos conectados al principio de placer y, más específicamente frente a la dialéctica de la *jouissance* lacaniana.⁸ En esta dialéctica, Lacan asocia la *jouissance* a la repetición, que, a su

⁷ Freud explica de la siguiente manera el enlace de la repetición a la pulsión de la muerte: “Las pulsiones orgánicas conservadoras [yoicas] han recogido cada una de [las] variaciones impuestas a su curso vital, preservándolas en la repetición [...] estas fuerzas [...] en verdad se empeñan meramente por alcanzar una vieja meta a través de viejos y nuevos caminos. [...] Contradiría la naturaleza conservadora de las pulsiones el que la meta de la vida fuera un estado nunca alcanzado antes. Ha de ser más bien un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira regresar por todos los rodeos de la evolución. [...] La meta de la vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado que estuvo ahí antes de lo vivo.” (38).

⁸ *Jouissance* es una noción muy compleja en Lacan. Como explica Sean Homer, “*Jouissance* expresses that paradoxical situation where patients appear to enjoy their own illness or symptoms. In French the word also has sexual connotations and is associated with sexual pleasure [...] it only became a prominent concept in his [Lacan] work in 1960s, when it was associated with the drive and the real.” (89). [La *jouissance* expresa la situación

vez, se correlaciona a la pulsión de muerte. Se percibe, así, que aunque Lacan siga algunas proposiciones elaboradas por Freud en *Más allá del principio del placer* como la asociación entre la repetición y la pulsión de la muerte, declina –como postula Homer– la noción freudiana de dos pulsiones diferenciadas: “For Lacan every drive is sexual in nature and at the same time every drive is a death drive [...] and this drive will increasingly be associated with the real and *jouissance*.” (76).⁹

Importa recalcar aquí la asociación establecida por el psicoanálisis entre la pulsión de muerte y la repetición para investigar el vínculo entre el sexo y la muerte compartida en “El ofertorio”, “El temblor” y “El búho que dejó de latir” así como la inserción de una naturaleza caótica en los tres relatos. Debo esclarecer que la presencia del caos en la naturaleza se realiza de forma indirecta en la primera alucinación del protagonista de “El búho que dejó de latir” que, de cierta manera, preanuncia su muerte próxima:

Un par de anteojos flota sobre la rama de un gigantesco árbol de mangos. Abajo, como un inmenso jardín donde vuelan pájaros de nube en nube en vez de mariposas de flor en flor, cielo azul manchado por copos de multiforme espuma. Muy arriba, mar con inmensas olas encrespándose. [...] En la tierra que ha

paradójica en que el paciente parece disfrutar de su propia enfermedad o síntomas. En francés la palabra se asocia al placer sexual [...]. La *jouissance* sólo se transformó en un concepto prominente en la investigación de Lacan a partir de los años sesenta cuando se la asoció a la pulsión y a lo real.”] Según el planteamiento de Lacan en *The Other Side of Psychoanalysis* en el cual él establece una dialéctica de la *jouissance* basada en una asociación entre ella y la repetición que se correlaciona, por su vez, a la pulsión de la muerte: “what interests us qua repetition, and which is registered with a dialectic of *jouissance*, is properly speaking what goes against life [...] to spell out the death instinct” (51). [“lo que nos interesa como repetición, la cual se registra en la dialéctica de la *jouissance*, es lo que hablando propiamente va en contra de la vida, deletreando, el instinto de muerte”]. “It means that repetition [...] is a function of a cycle that embraces the disappearance of this life as such, which is the return to inanimate [...] whose meaning [...] is revealed perfectly by the fact of *jouissance*. [...] Repetition is based on the return of *jouissance* [...] what is repeated cannot be anything other, in relation to what it repeats, than a loss.” (46). [“Esto significa que repetición [...] es una función de un ciclo que abraza la desaparición de esta vida como tal, lo que significa el retorno a lo inanimado [...] cuyo significado se revela perfectamente por la realidad de la *jouissance* [...]. La repetición se basa en el retorno de la *jouissance* [...] lo que se repite no puede ser nada más que una pérdida con relación al que lo repite.”] Otro punto de interés en el desarrollo de la dialéctica de la *jouissance* enunciada por Lacan es que la *jouissance* sólo se puede presentar por obra del azar ya que se asocia a lo prohibido: “In effect, if *jouissance* is forbidden, then it is clear that it only comes into play by chance. We are not dealing with a transgression, an irruption into some forbidden field through the wearing away of vital regulatory apparatuses. In fact, it is only through this effect of entropy, through this wasting, that *jouissance* acquires its status and shows itself.” (50). [“Efectivamente, si se prohíbe la *jouissance* se hace evidente que ella sólo puede actuar por obra del azar. No nos referimos a una trasgresión, a una irrupción en un campo prohibido debido a un desgaste de un aparato vital regulador. En realidad, es sólo debido al efecto de la entropía, debido a este exceso, que la *jouissance* adquiere su estatus y se revela.”]

⁹ “Para Lacan toda pulsión es sexual por naturaleza y, al mismo tiempo, toda pulsión es una pulsión de muerte [...] y esta pulsión va a ser asociada cada vez más con lo real y con la *jouissance*.”

reemplazado el cielo con sus picos cavan un hoyo representantes de innumerables variedades de pájaros. [...] que deben ser cuatro variedades de picaflor [...] los que tengan el honor de enterrar a los anteojos. (214).

La inserción de la naturaleza caótica mediando el enlace entre el sexo y la muerte parece relacionarse con un saber originario cuyo recorrido produce entropía. Este saber originario fue introducido por Lacan en la dialéctica de la *jouissance*.¹⁰ Vale decir que este tipo de saber revela la presencia de una relación entre el hombre y la naturaleza, enmarcada por la pulsión de la muerte en lo que concierne al movimiento retroactivo hacia lo inanimado. De esta forma el entierro de los anteojos en “El búho que dejó de latir”, la coincidencia entre las convulsiones del orgasmo y los espasmos de la tierra en “El temblor” así como la ofrenda de cuerpos en copulación en “El ofertorio” mientras se espera por la catástrofe que se anuncia, no sólo cancela la oposición entre el ser humano y la naturaleza sino que también restituye una relación primitiva entre la naturaleza y el conocimiento. Sin embargo, no se trata aquí de un saber institucionalizado y ordenador, relacionado a la ciencia, sino más bien de un conocimiento ancestral que repite los pasos previamente trazados para retornar a lo inanimado y se opone radicalmente a las fuerzas que resisten a la muerte. Dicho de otra forma, existe un conocimiento ancestral que se organiza en la repetición para retornar a un estado original de fusión completa con la naturaleza, que sólo se puede alcanzar a través de la muerte.

Ahora bien, al hablar de un conocimiento ancestral que conduce la pulsión de la muerte, Lacan y de cierta forma también Freud, abren un espacio que, en mi interpretación, ayuda a esclarecer, aunque de forma insuficiente, la inserción directa de la naturaleza caótica en la vinculación de sexo y muerte. Me refiero al hecho de que este tipo de conocimiento sale del ámbito de la subjetividad para conformarse en una característica compartida por la humanidad como especie. Sin embargo, un entendimiento más amplio del papel que la naturaleza desempeña en la ligación entre la sexualidad y la muerte –especialmente en “El ofertorio” y “El temblor”– exigiría cruzar la frontera de la representación antropomórfica de la sexualidad, es decir salir del

¹⁰ Lacan desarrolla esta dialéctica en *The Other Side of Psychoanalysis* (45–51).

ámbito del psicoanálisis para entrar en el campo del esquizoanálisis, que muy sintética y sencillamente podríamos definir como un tipo de análisis en que Deleuze y Guattari unen la producción social y la producción del deseo.¹¹ Del complejo proceso de producción que define el esquizoanálisis, el concepto de la naturaleza inhumana de la sexualidad opera como herramienta esencial para esclarecer la funcionalidad de la naturaleza en la vinculación que Jaramillo Levi establece entre el sexo y la muerte. Deleuze y Guattari asocian este principio a la concepción lacaniana del Otro (295), resaltando que en el caso del esquizoanálisis esta noción se desvincula del complejo de Edipo y de la castración.

Entender la naturaleza inhumana de la sexualidad exige apartar todo el mecanismo del deseo de la configuración de la persona individual así como requiere un entendimiento de la primacía del campo social en las energías liberadas por el deseo. De esta forma, como proponen Deleuze y Guattari, las embestidas y las fantasías del deseo son de naturaleza colectiva (280). Es evidente que en lo que concierne a la fantasía que enlaza muerte y sexo, discutida en este estudio, se observa una conjunción de diferentes campos que hace legítima su naturaleza social. Me refiero aquí a mediaciones de naturaleza semántica que asocian el orgasmo a la muerte –como acontece en la lengua francesa– lo que permite la participación de un elemento de carácter biológico en la elaboración de esta fantasía, la cual termina por adquirir un aspecto científico con la intervención del psicoanálisis.

Teniendo en cuenta la condición social de la elaboración del deseo para concebir la naturaleza inhumana de la sexualidad Deleuze y Guattari postulan que

¹¹ Holland (241–42) entiende el esquizoanálisis como una psiquiatría histórico-revolucionaria-materialista-semiótica, y explica como el concepto de deterritorialización, una de las nociones claves de la teoría de Deleuze y Guattari, deriva del concepto lacaniano de territorialización que organiza el cuerpo humano en zonas erógenas y no erógenas, afirmando que: “For Deleuze and Guattari [...] deterritorialization in the psychological register designates the process of freeing libido from pre-programmed objects of investment such as the mother breast or the family triangle of Oedipus complex, so that investments can be made elsewhere. In Deleuze and Guattari’s usage, however, these originally psychological terms also operate in the social register, where they designated a crucial dynamic of the capitalist market: the disconnection and reconnection of working bodies and environments.” (242). [“Para Deleuze y Guattari [...] deterritorialización en el registro psicológico designa el proceso de libentar la libido de objetos de embestida preprogramados como el seno materno o el triangulo familiar del complejo de Edipo, así esta embestida puede ser realizada en otra parte. En Deleuze y Guattari, aunque estos términos sean originariamente psicológicos, también operan en el registro social, donde designan una dinámica crucial del mercado capitalista: la desconexión y reconexión de cuerpos productivos y de ambientes.”]

desire does not take as its object persons or things, but the entire surroundings that it traverses, the vibrations and flows of every sort to which it is joined, introducing therein breaks and captures –an always nomadic and migrant desire, characterized first of all by its gigantism. [...] In a word, the social as well as biological surroundings are the object of unconscious investments that are necessarily desiring or libidinal, in contrast with preconscious investments of need or of interest. (292).¹²

En este sentido, se puede comparar y medir la intensidad de las vibraciones del acto sexual con las fuerzas cósmicas como demuestra Jaramillo Levi en este pasaje de “El ofertorio”:

A medida que ambos se despojan de sus casacas y vestimentas, todos espían con terror el cielo teñido ahora de negro. [...] la pareja dejaba escapar ya sus últimos espasmos a sus pies cuando volvió a abrirlos [ojos] [...] el cielo era ahora una sólo nube negra, compacta.” (*Duplicaciones* 88-89).

También se puede extrapolar esta articulación entre las fuerzas cósmicas y la relación sexual, introduciendo aún más directamente la vinculación de la muerte al sexo como en este fragmento de “El temblor”:

El derrumbamiento se dejó venir súbito coincidiendo con el supremo goce. Nuestra deliciosa pequeña muerte y el inicio de esta otra tan agónica fueron un solo gran colapso que nos sepultó sin remedios bajo los escombros. (*Romper el molde* 28).

Quiero esclarecer que la noción de sexo inhumano no se equipara de ninguna manera con la presencia de las fuerzas cósmicas en la relación sexual. Para Deleuze y Guattari el sexo inhumano se identifica con lo que ellos denominan *máquinas-deseantes* y se opone radicalmente a la representación antropomórfica del sexo, es decir, la división estadística de la humanidad en diferentes sexos: “Desiring machines or the nonhuman sex: not one or even two sexes, but *n*

¹² “El deseo no toma como sus objetos personas o cosas, sino que todo el entorno que el cruza, las vibraciones y flujos de toda especie a las cuales se une, introduciéndoles rupturas y capturas –un deseo siempre nómada y migratorio, caracterizado sobre todo por su gigantismo [...]. En una palabra, el entorno social así como el biológico son objetos de las embestidas inconscientes que son necesariamente libidinosas, en contraste con las embestidas preconscious de necesidad o de interés.”

sexes. Schizoanalysis is the variable analysis of the *n* sexes in a subject.” (296).¹³ Cuando propongo que en “El ofertorio” y en “El temblor” se establece una relación entre las fuerzas naturales y la sexualidad me baso en la identificación del sexo inhumano y las *máquinas-deseantes* presente en la teoría de Deleuze y Guattari, permitiéndose de este modo la incorporación de las fuerzas cósmicas –transformadas en sustancias que hacen fluir una energía libidinosa– a la relación sexual.

Quisiera concluir este estudio resaltando que las examinadas relación e intercomunicación del automatismo, la risa, la muerte y el sexo posibilitan postular que las incursiones de Jaramillo Levi en fenómenos psíquicos se dejan traspasar deliberadamente por un discurso crítico interiorizado de construcciones sociales. Esta amalgama entre lo psíquico y lo social plantea una cuestión de difícil resolución en lo que concierne a la teoría del deseo y su manifestación en la sexualidad, sugiriendo que el deseo en la cuentística del escritor panameño no nace de una necesidad individual sino que más bien se sitúa en un punto fronterizo en el cual fantasías sociales son absorbidas y reelaboradas por la psique. Este intercambio entre las fuerzas psicológicas y las sociales en la conformación del deseo explica la existencia en la cuentística del escritor panameño de una expansión de la sexualidad que sobrepasa los límites del cuerpo y del individuo para reafirmarse como un campo saturado de intensidades en el cual el sujeto individual –si es que existe– fluctúa y se fragmenta formando, así, multiplicidades.

Bibliografía

Bergson, Henri. *Laughter: An Essay on the Meaning of the Comic*. Trad. Cloudesley Shovell, Henry Brereton y Fred Rothwell. Minneola, NY: Dover Publications, 2005.

Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. Trad. Robert Hurley, Mark Seem y Helen R. Lane. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983.

¹³ “*Máquinas-deseantes* o sexo inhumano: no sólo uno o siquiera dos sexos, sino *n* sexos. Esquizoanálisis es el análisis variable de *n* sexos en un sujeto.”

- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. 2ª ed. Trad. Alberto González Troyano. Barcelona: Tusquets Editores, 2002 (1973).
- Foucault, Michel. *The History of Sexuality Vol. I: An introduction*. Trans. Robert Hurley. New York: Pantheon Books, 1978.
- Freud, Sigmund. *Más allá del principio de placer. Obras completas XVIII*. 2ª ed. Trad. José L. Etcheverry. Buenos Aires/ Madrid: Amorrortu Editores, 2007 (1979).
- Holland, Eugene W. "Schizoanalysis and Baudelaire: Some Illustration of Decode at Work." *Deleuze: A Critical Reader*. Ed. Paul Patton. Cambridge, MA: Blackwell Publishers, 1996. 240-256.
- Homer, Sean. *Jacques Lacan*. London, New York: Routledge, 2005.
- Jaramillo Levi, Enrique. *Duplicaciones*. 3ª ed. Madrid: Editorial Orígenes, 1990.
- Jaramillo Levi, Enrique. *Romper el molde: 29 cuentos eróticos*. San José: URUK Editores. 2005.
- Lacan, Jacques. *The Other Side of Psychoanalysis*. Trad. Russell Grigg. New York: W. W. Norton & Company, 2007 (1991).